

# LIBROS

## El teatro de Jean-Paul Sartre

Aguilar acaba de publicar el tomo I de las Obras Completas de Jean-Paul Sartre, dedicado a su producción dramática. Lo encabeza un prólogo de Juan Martín Ruiz-Werner, al que siguen los textos de «Las moscas», «A puerta cerrada», «Muertos sin sepultura», «La p... respetuosa», «Las manos sucias», «El diablo y el buen Dios», «Nekrasov», «Los secuestrados de Altona», «Kean» y «Las troyanas», en su mayor parte en versiones de Alfonso Sastre.

El libro, naturalmente, no descubre nada nuevo. Se trata de textos ampliamente conocidos y de ideas de gran circulación dentro del pensamiento moderno. Sartre es uno de esos escritores que se citan sin nombrarlos y que ha conseguido, desde que definió la «literatura comprometida» hasta hoy, mantenerse en un plano de renovada vitalidad intelectual. Su problemática ha sido, a través de más de dos décadas, una excepcional expresión de los conflictos socio-culturales de su tiempo. De ahí el doble valor de su trabajo. Porque Sartre no sólo se ha mostrado como un gran escritor y un pensador agudísimo, sino como el catalizador o el testimonio de los grandes problemas ético-políticos de la cultura europea, tomada ésta como hecho vivo, abierto y desmilitarizado.

El volumen de Aguilar es, pues, solamente una sistematización del trabajo de muchos años, desde la propuesta de un Orestes que salva a Argos de la tiranía de Egisto y asume los terrores y las culpas de la ciudad, a la versión actualizada de «Las troyanas». Queda en pie el hecho de que sólo dos de estos títulos —«A puerta cerrada» y «La p... respetuosa»—

se han presentado, y con mucho retraso, en los escenarios españoles, aparte de la versión catalana de «Las moscas». Lo que presupone que también la reflexión sartriana estuvo fuera de un teatro caracterizado por su apabullante trivialidad. El tomo es, en este aspecto, una acusación de nuestro vacío, la contemplación de un escritor que hemos querido convertir en clásico sin sentirlo antes nuestro contemporáneo. ■ J. M.

## Lo catalán y «Les Festes de Maig»

El Omnium Cultural es una entidad dedicada a la promoción de la cultura catalana en todas sus manifestaciones. Regentada por gentes conservadoras y en el contexto de una península en la que todas las instituciones las regentan gentes rigurosamente conservadoras, nada de particular tendría su gestión si no se dedicara (entre otros propósitos conservadores) a conservar la lengua catalana. Es esta característica fundamental la que concede especial dialéctica al Omnium y, sobre todo, tras el éxito de su campaña para la enseñanza del catalán en las escuelas (a todos los niveles de la enseñanza) y para la enseñanza en catalán; propósito más radical y casi previo en cuanto a legitimidad. La campaña ha obtenido un consenso civil extraordinario. Más de mil quinientas instituciones y corporaciones de Cataluña se han sumado públicamente a la adhesión (entre ellas los clubs de fútbol Barcelona, Español y Sabadell), y se dice que otro buen número de corporaciones han manifestado su implícita adhesión, no exteriorizada por estar más o menos vinculadas a la ejecución política y no querer embarazar una actitud oficial al respecto.

La campaña, bajo la equilibrada batuta del Omnium, ha tenido un éxito que, sorprendentemente, no ha alarmado a los que suelen alarmarse en cuanto suena la música de las llamadas peculia-



Oviado, 1925. Maestro nacional, periodista, licenciado en Derecho. Obras: «El maestro», «Aspero mundo», «Sin esperanza, con convencimiento», «Grado elemental», «Palabra sobre palabra», «Tratado de urbanismo», «Obras completas».

(De una familia tradicionalmente dedicada a la enseñanza; su abuelo, director de la Normal de Oviado; su padre, catedrático de Pedagogía; su madre, habilitada; sus tres hermanos, maestros. Hechos decisivos en su vida: la guerra civil.)

ANGEL GONZALEZ.—Yo también, naturalmente, me hice maestro nacional. Y ejercí la profesión durante cerca de un año, allá por los infelices cuarenta, en un pueblo perdido en la montaña leonesa que se llama Primout y que en invierno no ve el sol. En verano disfrutaban —el verbo es exacto— del sol dos horas cada día. Y viví durante tres años en Páramo del Sil, donde ejercía mi hermana. Yo tenía entonces los pulmones gravemente lesionados. Allí me curé. Allí empecé a leer en serio: Rubén Darío, Bécquer... y luego, con deslumbramiento, Juan Ramón Jiménez. Y tras Juan Ramón Jiménez vino la generación del veintisis, la llamada «Generación de la Amistad», denominación más convencional que real. Lorca, Alberti, Alexandre, Sallinas, Dámaso Alonso... mis tres años leoneses.

—Pero entraste en la literatura, como «creador», mucho más tarde.

A. G.—Avanzados ya los años cincuenta. Antes ejercí mil oficios. Tengo una biografía a la americana. Fui crítico musical en «La Voz de Asturias», con la firma de Bercellus; crítico municipal, con la de Cano; de deportes, con la de Belvedere, personaje de moda entonces. Trabajé en el bufete de un abogado; fui agente de una empresa dedicada a transportar cemento. Participé y fracasé en dos oposiciones. Publiqué chistes en «La Codorniz». Colaboré en «Gaceta Ilustrada» como crítico de discos. Trabajé como corrector de estilo en una editora de Barcelona, y terminé siendo funcionario de Obras Públicas.

—«El maestro», tu primer libro, constituye una obra marginal en tu carrera literaria.

A. G.—Me lo encargó una editorial dedicada a preparar vocaciones. Yo tenía aún muy cercana la experiencia de la escuela pública y acepté el encargo. Pero ya había escrito poemas mucho antes. Sólo los conocía una persona en quien había depositado gran confianza,

## Ángel González: Conferencias en Méjico

como poeta y como crítico: Carlos Bousoño. Fue Bousoño quien me animó a presentarme al Adonais con mi primer libro, «Aspero mundo». Conseguió un acéstit.

—«Aspero mundo» es una obra todavía vigente, con preocupaciones existencialistas, inquietudes subjetivistas; un poco desencantado para ser un primer libro.

A. G.—No es, ni mucho menos, el que mejor me representa. Escribí en seguida «Sin esperanza...», una de las primeras expresiones de la poesía que se llamara, de un modo equivoco, «social».

—Pero fue «Grado elemental» uno de los más altos exponentes de esa nueva escuela...

A. G.—No estoy de acuerdo con su adjetivo. No me molesta que lo apliquen a gran parte de mi poesía, pero lo encuentro desafortunado. La «escuela» tiene un fallo de principio: el optimismo de la visión socialista del mundo, el triunfalismo. Nació, pues, con un planteamiento erróneo. No pudo ser... No llegó a ninguna parte. Debemos pensar que supuso un fracaso, pero a la vez no podemos olvidar que también lo fueron otras escuelas paralelas: la metafísica, la esteticista, la religiosa... ¿Qué ha quedado de ellas? Estamos obligados a opinar con franqueza. Dámaso Alonso ha comentado, según creo —cierto que privadamente—, que Valery, en un cincuenta por ciento, le aburre y en el otro cincuenta por ciento le hiela; y también que Alexandre pensaba igual.

—Pertenece a la «generación del cincuenta», la que llega detrás de la «Antología consagrada», de Ribes. Y ahora están ahí ya «los novios».

A. G.—Los conozco y los aprecio, pero me dan mucho miedo. Yo soy de una promoción que surgió detrás de una catástrofe histórica. La generación del veintisis precedió esa catástrofe. Temo que venga otra detrás de estos «novios» que aparecen en el juego pendular. No es una «boutade», es un miedo real. De cualquier forma, he de decir que traen consigo algo muy importante: una revolución formal.

—¿Lees sus obras?

A. G.—Las leo. Pero soy mejor lector de novela que de poesía. En la producción novelesca de los últimos treinta años hay que anotar tres nombres importantísimos: «Pedro Páramo», «La ciudad y los perros» y «Rayuela». García Márquez me interesa menos. A esas tres novelas les añadiría dos títulos más: «El Jarama» y la de Agnes Wilson, «Actitudes anglosajonas». Me gustan también las novelas de Goytiso, Hortalano, Benet, Marsé y Caballero Bonald.

—¿Qué es para ti la poesía?

A. G.—Una manera de investigar el mundo, un método de conocimiento. No soy, desde luego, de los que se sienten «portadores del rayo divino».

—Ya estás con un pie en el avión. ¿Cuál es tu rumbo?

A. G.—Me voy a Méjico a pronunciar varias charlas. Me llama un viejo amigo, un gran periodista español, Paco Ignacio Taibo. ■ EDUARDO G. NICO.